

paso indiscreto, que desvaneciese las últimas probabilidades de paz, si aun quedaba alguna. Mr. de Romanzoff quiso oponerse á esta partida, porque dejar salir á Alejandro de San Petersburgo equivalia á obligar á Napoleon á abandonar á París y á hacer la colision inevitable. Mas no lo pudo conseguir en medio de la emocion que reinaba, y la partida de Alejandro para el cuartel general, fue instantáneamente resuelta. Contribuyó especialmente á precipitar esta determinacion el deseo de dar satisfaccion al sentimiento público por un lado, y por otro el de impedir que los generales comprometieran las últimas probabilidades de paz con algun acto irreparable. No tuvo tiempo de ver á Mr. de Lauriston, si bien encargó que se le diera testimonio de lo mucho que estimaba su noble conducta, y que se le reiterara la seguridad de que no abandonaba su capital para comenzar la guerra, sino al revés, para retardarla, si era posible, afirmando por última vez que hasta en su cuartel general estaria pronto á negociar sobre las bases mas equitativas y moderadas.

En la mañana del 23 de abril se dirigió á la iglesia el czar para asistir al oficio divino con su familia, y seguidamente partió por entre una poblacion numerosa, conmovida por su emocion propia y por la que descubria en el rostro de su soberano. Subió al coche en medio de vivas, y se puso en marcha juntamente con los personajes de mas nota de su gobierno y de su corte. Allí se contaban el ministro de lo Interior príncipe de Kótchoubey, el ministro de policia Balachoff, el gran maestre Tolstoy, Mr. de Nesselrode, el general Pfuhl, aleman que enseñaba al emperador la cien-

cia de la guerra, y, por último, un sueco expatriado, Mr. de Armsfeld, muy metido en las intrigas de entonces. Algunos dias mas tarde debia juntarse á la comitiva imperial Mr. de Romanzoff para ponerse á la cabeza de las negociaciones, si acontecia que se negociase. Al encaminarse el emperador á Wilna, se proponia hacer parada en el palacio de los Souboff, donde, en cierto modo, iba á dirigir un llamamiento á todos los partidos, visitando una familia famosa por el papel que habia representado a la muerte de Pablo I. El general Benningsen, célebre por el mismo título y otros mas, pues habia mandado con gloria el ejército ruso, debia encontrarse allí igualmente. Asi los sentimientos mas legítimos eran inmolados á la sazón en interés comun de la patria amenazada. En el momento de su partida recibió el emperador una comunicacion bastante satisfactoria. Le hizo decir Austria que no habia por qué infundiera recelos su tratado de alianza con Francia, dado que no le fué posible obrar de otro modo, pero que los treinta mil austriacos enviados á la frontera de Galitzia estarian allí mas en observacion que en actividad, y que si Rusia nada emprendia contra Austria, poco tendría que temer de aquellos treinta mil soldados (1). Y Alejandro, que habia sospe-

(1) Jamás aventuro hechos sin seguridad absoluta, y tanto mas tomo esta precaucion cuanto son mas graves. He podido proporcionarme una correspondencia muy amplia y muy curiosa entre el emperador Alejandro y el almirante Tchitchakoff durante el año de 1812. Este almirante gozaba de toda la confianza de su soberano y la merecia. En su correspondencia he hallado la prueba del hecho que afirmo, y ademas la indicacion clara y

chado que así fuera, aceleró su viage, dirigiéndose á Wilna. Mr. de Lauriston quedó solo en San Petersburgo, rodeado de contemplaciones, mas tambien de silencio, y aguardando que su córte lo sacase de tan falsa posicion con una órden de partida, no queriendo añadir con solicitar sus pasaportes una nueva señal de guerra á todas las que se habian dado á pesar suyo.

Para dejar á Paris no aguardaba Napoleon mas que la salida de Alejandro de San Petersburgo. Le habia comunicado Mr. de Lauriston los preparativos antes de la partida, y así tambien tuvo tiempo de tomar sus disposiciones. Consistió la principal en prescribir á sus tropas un tercer movimiento para llevarlas definitivamente á la linea del Vístula, donde debian pasar todo el mes de mayo. Ya se hallaba el mariscal Davout junto á las márgenes de este rio, y aun lo habia cruzado para avanzar hasta Elbing. Napoleon le ordenó que, sin interrumpir las operaciones particulares que tenia á cargo relativamente al material y á la navegacion, se concentrara entre Marienwerder y Marienburgo y Elbing, yendo siempre los prusianos hácia el Niemen á la vanguardia. Al mariscal Uudinot previno que se encontrara en Danzick para formar la izquierda del mariscal Davout, á Ney que se estableciera en Thorn para formar su derecha, al príncipe Eugenio que se trasladara á Plock junto al Vístula con los bávaros y los italia-

puntual de los sentimientos que atribuyo tanto á Alejandro como á su córte. Debo añadir, que no debo á la familia del almirante, depositaria de sus papeles y establecida en Francia, la comunicacion de estas cartas tan importantes para la historia.

nos, al rey Gerónimo que reuniera en Varsovia á los polacos, á los sajones y á los westfalianos, á la Guardia que se juntara en Posen, á los austriacos que estuvieran prontos á desembocar por Galitzia en Volhynia. En esat nueva posicion ocupaba el ejército la linea del Vístula, desde la Bohemia al Báltico, y debia presentar la enorme masa de quinientos mil hombres, no incluyendo las reservas, sirviendonos siempre los prusianos de vanguardia en la frontera rusa, sin que se les pueera reconvenir por ningun acto de agresion, puesto que estaban en su casa. De esta suerte cabia esperar sin recelo alguno los progresos de la vegetacion del Norte, porque al primer movimiento de los rusos se estaria en aptitud de obstruirles el camino, antes de que tuviesen tiempo de entregarse á la devastacion mas leve.

Aun cuando no hubiese por qué temer el que se lanzaran de repente á las hostilidades, con la memoria de lo acontecido en 1807, recordando Napoleon que jamás pudo operar eficazmente en aquellas comarcas antes del mes de junio, quiso proporcionarse todavía con mas certidumbre todo el mes de mayo de tiempo y recurrió á nuevos subterfugios para lograrlo, subterfugios que le debian ser funestos, como si la Providencia, resuelta á castigar su imprudencia política confundiendo su prudencia militar, le hubiese empujado á cuanto debia perderle, pues el retardo de las operaciones iba á ser una de las causas principales de las desdichas de esta campaña. Temiendo Napoleon que, rodeado Alejandro en el ejército de los caracteres mas fogosos, no teniendo á su lado á Mr. de Lauriston para contrapesar su influencia,

acabase por tomar la iniciativa, resolvió despacharle un nuevo enviado, que le pudiera repetir los discursos que habia oido á Mr. de Lauriston tantas veces, y repetírselos, ya que no con nuevo lenguaje, á lo menos con nueva cara. Napoleon tenia á la mano una de las personas mas idóneas para desempeñar un papel de esta clase. Mr. de Narbonne, entrado en su servicio el año de 1809 como gobernador de Raab, enviado despues de ministro á Baviera, y ahora con mision en Berlin, donde tenia que hacer soportar hartas cosas al desventurado rey de Prusia, cuyo territorio se saqueaba al cruzarlo con algunos centenares de miles de hombres. De consiguiente, Napoleon ordenó á Mr. de Narbonne que se dirigiera al cuartel general de Alejandro para cumplimentarle, y para que, aun esquivando discusiones ajenas á su mision, le testificara el deseo y aun la esperanza de una negociacion armada, que se celebrara junto al Niemen entre los dos soberanos y que acabara no en la guerra, sino en la renovacion de la alianza entre los dos imperios. Mr. de Narbonne debia dar por motivo de su mision la voluntad de precaver ó de reparar las faltas de los generales, que, por impaciencia ó irreflexion, hubieran podido entregarse á actos agresivos sin órdenes de su gobierno. Si los rusos se hallaban en este caso, Mr. de Narbonne debia acreditar la mayor indulgencia. Si, por ejemplo, con el deseo muy natural de ocupar las orillas del Niemen como nosotros las del Vistula, habian invadido las pequeñas porciones de territorio prusiano, que en las inmediaciones de Memel formaban la izquierda de este rio, debia considerar semejante conducta como

una precaucion militar muy digna de excusa, ofrecer entenderse de una manera amistosa, y entretener á Alejandro durante veinte ó treinta dias con la idea y la confianza de una negociacion, cuyo desenlace no seria la guerra. Ademas estaba encargado de darle á conocer la circunstancia diplomática que á continuacion se expresa.

Jamás se habia lanzado Napoleon á ninguna de sus grandes guerras sin empezar por una intimacion pacífica dirigida á Inglaterra. Esta vez ideó obrar de igual modo, enviar un mensaje al príncipe regente por la marina de Boloña, y proponerle la paz bajo las condiciones siguientes. Francia é Inglaterra conservarían lo adquirido hasta entonces, salvo algunos arreglos particulares, ora en Italia, ora en España. En Italia Murat se quedaria con Nápoles y renunciaría á Sicilia, que seria patrimonio de los Borbones napolitanos. En la Peninsula se quedaria José con España, pero dejaria el Portugal á la casa de Braganza. Segun se debe hacer memoria, esta era la paz propuesta por conducto de Mr. de Labouchere al marqués de Wellesley. No habia probabilidad de que la proposicion fuera ni aun escuchada, mas de todos modos significaba una manifestacion pacífica, que podia producir algun efecto moral en vísperas de la guerra mas terrible de la historia, y por otra parte, debia suministrar asunto á nuevas conferencias con Alejandro. Mr. de Narbonne estaba especialmente encargado de participárselo al soberano ruso, y de darle una nueva prueba de las disposiciones amistosas y conciliadoras del potente emperador de los franceses.

No por mandar Napoleon á Mr. de Narbonne

que usara de tal lenguaje, dejó de revelar la verdad entera, á fin de que desempeñase mejor su cargo. Declaróle que no se trataba de ir preparando una paz que no se queria, sino de ganar tiempo, con el fin de retardar un mes las operaciones militares, y, como era buen oficial y buen observador, le recomendó que lo examinara todo en torno suyo, hombres y cosas, soldados, generales y diplomáticos, para que el estado mayor francés pudiera sacar provechoso partido de las luces adquiridas en el cuartel general ruso. Mr. de Narbonne tenia orden de dejar á Berlin tan luego como recibiera la carta, y debia estar en camino para Wilna desde los primeros dias de mayo.

Tomadas estas últimas precauciones, se dispuso Napoleon al viage. Su proyecto era trasladarse de París á Dresde, permanecer allí dos ó tres semanas antes de ponerse á la cabeza de sus ejércitos, tener una corte magnífica, y dar un espectáculo de poderío, que nunca se habia ofrecido quizá al mundo ni en los tiempos de Carlo-Magno, de César y de Alejandro. Autorizacion solicitaba para ir allí el emperador de Austria con el objeto de ver á su hija, y de preparar el papel que habia de representar muy pronto entre Francia y Prusia. Tambien significaba deseos de presentarse allí el rey de Prusia, para reclamar en favor de su pueblo, que miles de soldados hollaban con sus plantas. Cuando tales soberanos podian visitar, hablar y dirigir súplicas al futuro vencedor del mundo, ocioso es decir, cuantos otros aspiraban á la misma honra. General era la porfía, y como Napoleon queria pasmar á su adversario, desplegando su poder político no menos que su pujanza militar,

acogió todas estas demandas, y en cierto modo citó á la Europa entera para Dresde. Allí le debian acompañar la emperatriz y su córte.

En el momento de alejarse, y á pesar de las instancias del príncipe archicanciller, decidióse á una providencia administrativa de las mas violentas, y que punto menos que el cadalso, tan antipático por fortuna á su corazon como á su talento, hacia su gobierno igual á todos los gobiernos revolucionarios que le habian precedido. Esta providencia fué la tasa de granos. Habia continuado afligiendo al pais la carestía, vendiéndose el hectolitro de trigo á 60 y 70 francos; precio que seria hoy exorbitante y lo era mas entonces. Prorumpia la poblacion en el grito ordinario del hambre, pasion la mas legitima y ciega de todas, y acusaba de acaparamiento á los arrendatarios y comerciantes. Hasta entonces se habia limitado Napoleon á derramar en el mercado de París los granos de reserva, lo cual, sin ser un acto de violencia, era á pesar de todo una manera de segregar la accion benéfica del comercio, absorbiéndolo todo. Pero resultando ineficaz este recurso, aun para contener en París la subida de los granos, donde se operaba el derrame de la reserva, no resistió Napoleon al deseo de impedir violentamente esta carestía excesiva, y creyendo poder obrar con el comercio como con la Europa, decidió por un acto de su voluntad omnipotente y en muchos decretos, expedidos á principios de mayo, que tuvieran facultad los prefectos, no solo para tasar los trigos, segun las circunstancias locales, sino para hacer que saliesen al mercado á la fuerza. Asi, la misma vispera del dia en que marchaba á una guerra

insensata, ensayaba violentar lo que nunca ha podido violentarse, el comercio, imponiéndole precios arbitrarios. Era como un testimonio de afecto que deseaba dar á este pueblo francés, del cual iba a llevar millares de hijos á la muerte; triste testimonio que no era mas que una lisonja vana y funesta para apaciguar los murmullos que el hambre y la quinta hacian subir hasta su trono. Despues de confiar sus poderes personales al archicanciller Cambaceres; despues de recomendarle, no que usara fielmente de ellos, sobre lo cual no abrigaba duda, sino con energia, de lo cual estaba menos seguro, despues de dejarle para custodia de su esposa, de su hijo y del centro del Imperio, algunos centenares de veteranos de la Guardia Imperial, incapaces de todo servicio activo; despues de repetir, no solo al principe Cambaceres, sino á todos aquellos á quienes tuvo ocasion de dirigir la palabra, que nada aventuraria en esta guerra distante, que obraria con lentitud, con mesura, y que consumaria en dos campañas, y aún en tres si era necesario, lo que no creyera prudente intentar en una; despues de reiterar estas seguridades, sin tranquilizar á nadie del todo, partió el 9 de mayo con la emperatriz para Dresde, rodeado, no ya con la emperatriz para Dresde, rodeado, no ya del afecto de los pueblos, sino de su admiracion, de su temor, de su sumision; partida funesta, que no pudo impedir resistencia alguna de los hombres, ni de las instituciones, pues entre los hombres ninguno era capaz de hacerse oír ni osara ensayarlo, y respecto de las instituciones, solo habia una, su voluntad, la que le llevaba al Niemen y á Moscou.

Se habia hecho preceder Napoleon por el prin-

cipe Berthier para la espedicion de sus órdenes militares, y habia dejado detrás al duque de Bassano para el despacho de ciertos negocios diplomáticos que aun exigian algunas atenciones. Acompañado iba de su servidumbre militar y su servidumbre civil, con un aparato que los soberanos mas magníficos no habian sobrepujado, sin mostrar menos sencillez en su persona, ni ser menos accesible, como convenia á un hombre extraordinario que jamás temia presentarse á otros hombres, tan seguro de influir sobre ellos con el prestigio de su genio como con el fausto sin par que le rodeaba.

Llegado el dia 11 á Maguncia, empleó el 12 en visitar las obras de la plaza, en dictar órdenes, y comenzó el espectáculo de las recepciones soberanas, en las cuales debian figurar unos tras otros, la mayor parte de los príncipes del continente. En Maguncia recibió al gran duque y á la gran duquesa de Hesse-Darmstadt y al principe de Anhalt-Cœthen. La córte imperial cruzó el Rhin el dia 13, se detuvo un instante en Aschaffenburgo en casa del principe primado, siempre sinceramente prendado del genio de Napoleon y no creyendo estarlo de su poderío, y halló luego en el curso del dia al rey de Wurtemberg, soberano orgulloso de un pequeño estado, que, por su carácter violento al par que indomable y su penetrante talento, se habia captado de Napoleon mas contemplaciones que las obtenidas por los mas grandes soberanos, y que le hacia la cortesía de salirle al encuentro, mas no la lisonja de acompañarle hasta Dresde. Pernoctó la córte imperial en Wurzburg en casa del gran duque, el cual lo fué antes

de Toscana, tío de la emperatriz, príncipe excelente, conservando hacia el emperador Napoleón la misma amistad que en otro tiempo le inspiró en Italia el general Bonaparte, amistad sincera, aunque interesada. Al día siguiente 14 fué Napoleón á dormir á Bareuth, el 15 á Planen, cruzando la Alemania por entre una afluencia inaudita de poblaciones germánicas, en quienes la curiosidad contrapesaba el odio. Efectivamente nunca el potentado, á quien detestaban, les había parecido rodeado de mas prestigio. Se hablaba con cierta especie de sorpresa y de terror de los seiscientos mil hombres que acudían á su llamamiento de todos los puntos de Europa; se le atribuían proyectos mucho mas extraordinarios que los que había concebido: decíase que se encaminaba por Rusia á la India: también se divulgaban mil fábulas cien veces mas locas que sus resoluciones verdaderas, y casi se creía en la consumación de todas, tanto sus triunfos constantes habían desanimado el odio y desacostumbrádole á esperar lo que deseaba. Inmensas hogueras estaban preparadas en los caminos, y llegada la noche se las prendía fuego, á fin de alumbrar su marcha, de suerte que la emoción de la curiosidad producía casi las expansiones del amor y del alborozo. A la mañana del 16 los buenos soberanos de Sajonia se adelantaron hasta Freiberg al encuentro de su poderoso aliado, y por la noche entraron á su lado en la capital de su reino.

Al levantarse Napoleón el día 17 recibió á los oficiales de su corona, á los de la corona de Sajonia, y á los príncipes alemanes que le habían precedido ó seguido á Dresde. Mostróse lleno de cor-

tesia, pero altivo, y debió parecerles embriagado de su pujanza, mucho mas que lo estaba realmente, pues, al acercarse al peligro, habían cruzado las profundidades de su espíritu ciertas vislumbres, y marchaba á esta nueva lucha menos convencido que arrastrado por aquella corriente de guerras á la cual se había abandonado. Pero sus dudas eran de duración corta, y apenas interrumpían la inmensa confianza que le inspiraba la constancia de sus triunfos, la extensión de sus fuerzas y la conciencia de su genio. Atento con los príncipes alemanes, no se mostró cabal amigo mas que del buen rey de Sajonia, á quien amaba y de quien era amado, á quien había arrancado de una vida sencilla y recta para lanzarle en el torrente de sus propias aventuras, y á quien acababa de seducir dándole, bajo el nombre de gran ducado de Varsovia, la soberanía de Polonia, una de las antiguas glorias de su familia, soberanía que aun debía aumentarse, si era feliz la guerra de 1812. Este excelente rey sentíase encantado y gloriábase de huésped tan ilustre, y le enseñaba con orgullo á sus súbditos, que casi olvidaban sus sentimientos alemanes ante el espectáculo de los esplendores dados y prometidos á la familia reinante de Sajonia.

Napoleón aguardaba en Dresde á su suegro el emperador de Austria y á la emperatriz su suegra, vástago por línea de hembras de la casa de Modena, casada en terceras nupcias con el emperador Francisco II, madre adoptiva para María Luisa, princesa dotada de muchas prendas excelentes, bien que vana, altanera y aborrecedora de las grandezas que había sido invitada á ver con sus

propios ojos. Al dirigirse á Dresde habia obedecido á la politica de su esposo y á su curiosidad propia.

A Dresde llegaron el emperador y la emperatriz de Austria al dia siguiente que Napoleon y María Luisa, cabalmente para dejar tiempo á estos de tomar posesion del palacio del rey de Sajonia. El emperador Francisco, que amaba á su hija, y que, sin olvidar la politica de su casa, se complacia en ver á esta hija feliz, colmada de gloria y de atenciones por su esposo, abrazóla con satisfaccion muy viva. Casi francamente abrió los brazos á su yerno, y vivió en Dresde con cierta especie de inconsecuencia mas sincera y mas frecuente de lo que se imagina; balanceándose entre el placer de hallar á su hija tan grande y el pesar de sentir al Austria tan abatida; flotando así entre dos sentimientos distintos sin procurar darse cuenta de ellos; prometiendo á Napoleon su auxilio despues de haber participado á Alejandro que este auxilio seria nulo; diciéndose que en suma habia obrado de la mejor manera al asegurarse á la vez contra los triunfos de uno y otro adversario; creyendo, á pesar de todo, mucho mas en los de Napoleon, y preparándose á aprovecharse de ellos por las condiciones de su tratado de alianza. Tan débiles son las almas y tan vacilantes los espíritus generalmente que muchos hombres, aun honrados, viven sin remordimientos por traiciones semejantes, excusándose á sus ojos con la necesidad de una posicion falsa, no tratando á menudo ni aun de excusarse, y sabiendo perfectamente eludir con la irreflexion el influjo de la conciencia.

El emperador Francisco habia preparado á su

hija un presente singular y que pintaba muy bien el espíritu de la corte de Austria. Uno de esos pobres eruditos, que no es de esperar que tengan ya imitadores en Francia, y de los cuales en Italia todavía quedaban algunos, sabios que hallan genealogías á quien las aprecia y las paga, habia descubierto que allí por la edad media reinaron los Bonapartes en Treviso. Despues de haber ordenado el emperador Francisco las oportunas investigaciones, llevaba á su hija y á su yerno el resultado de ellas. Este se rió con todas veras, salvo el servirse en ciertos momentos del hallazgo: María Luisa añadió este lamedor á su incomparable grandeza, y sus cortesanos pudieron decir que esta familia fué destinada en todos tiempos á reinar sobre los hombres.

Tratada por Napoleon la emperatriz de Austria con atenciones delicadas, lisonjeada de su acogida, celosa á veces de las magnificencias de su hijastra, bien que indemnizada por los mil regalos que recibia cotidianamente, suavizóse mucho, salvo el volver á su habitual denigramiento cuando estuviese en Viena de retorno. Napoleon, que no hubiera cedido el paso á ningun monarca del mundo, cediólo esta vez á su suegro con una deferencia filial del todo, y no cesó de dar el brazo á su suegra con la cortesía mas anhelante, hasta el extremo de ufanarse el emperador Francisco del papel que representaba en Dresde, como si la casa de Austria hubiera recuperado con tales procedimientos algo de lo que habia perdido.

Asistióse el primer dia al suntuoso banquete dado por el rey de Sajonia, mas despues fué Napoleon, cuya servidumbre se hallaba en Dresde,

quien reunió á su mesa á los numerosos soberanos llegados á su encuentro, y aun al rey de Sajonia, que en su propia capital parecía recibir hospitalidad en vez de darla. Inmensa multitud llenaba á Dresde, aun habiendo segregado Napoleon y enviado á Posen todo lo militar de su comitiva, hasta á su cuñado Murat, hasta su hermano Gerónimo, despachados uno y otro á sus cuarteles generales. A pesar de la precaucion esta, la afluencia de los príncipes, de sus grandes oficiales, de sus ministros, era extraordinaria. Cuando Napoleon salia á caballo ó en coche, se agolpaba la muchedumbre para verle, y era necesario que los granaderos sajones, únicos que á la sazón le daban la guardia, acudiesen para evitar accidentes. En lo interior de los habitaciones imperiales no era el anhelo menos tumultuoso. Todos se precipitaban á su paso no bien aparecía; tropezábanse unos con otros por ser vistos, por obtener una palabra, una mirada; si acaso se descubria que por demasiada impaciencia se habia codeado á un superior, á un primer ministro, quizá á un monarca, se retrocedia con respeto, se alegaban excusas, y se volvía á empezar á correr tras el objeto de todas estas demostraciones. No estaban menos prontos á salirle al paso los personajes políticos eminentes, pues al deseo de estar en su presencia, de ser honrados con sus palabras, se juntaban la curiosidad, el interés de adivinar algunas de sus intenciones en el sesgo de sus discursos, lo cual no impedía que, cuando se estaba fuera del tumulto, y se creía no haber cerca ni oídos indiscretos, ni bocas infieles, se preguntara si aquella escena deslumbradora no se hallaba próxima á un trágico desenlace, si en

las distancias y los hielos que iba á arrostrar el conquistador no habria probabilidad de sacudir el yugo aborrecido en secreto, aunque públicamente adorado. Mas despues de entregarse sin ruido á estas esperanzas, se volvía pronto al temor, á la sumision, con el recuerdo de una felicidad constante: á la sazón y sobre todo en público no se auguraban mas que victorias, declarándose á Napoleon invencible y al czar tocado de locura; y si no se podian decir estas cosas á Napoleon, á menudo de difícil acceso, aunque siempre cortés, íbase á decirlas á Mr. de Basano, recién llegado á Dresde, y cuya vanidad saboreaba con delicia el incienso que Napoleon hallaba insípido. Pero estas pomposas representaciones no eran mas que un velo echado sobre una actividad política y militar incesante. Los mil correos que seguian á Napoleon llevaban innumerables negocios, que despachaba de noche, cuando de día no le era posible.

Especialmente con el rey de Prusia, llamado tambien á esta cita y aun no llegado, tenia que tratar de cuestiones harto graves y delicadas. General y violento habia venido á ser el clamor de los pueblos alemanes contra el paso de las tropas. Napoleon habia contado, para alimentar sus ejércitos durante la marcha, con los suministros que Prusia se habia comprometido á proporcionar á un precio dado. Pero no queriendo revelar la direccion de sus movimientos, no dijo de antemano qué caminos seguirian sus tropas, y se hallaban reducidas á devorar á su tránsito las subsistencias de las poblaciones. Provistos siempre con antelacion los soldados del mariscal Davout, acabados de salir los del mariscal Oudinot de sus manos, causaron menos perjui-

cios porque experimentaron menos necesidades. Al revés los del mariscal Ney y los del príncipe Eugenio, viniendo de mas lejos, habiendo sufrido mucho y contando en sus filas á gran número de alemanes, se portaron malamente. Los wutembergeses en el cuerpo del mariscal Ney, los bávaros en el cuerpo del príncipe Eugenio, excitaron gritos de dolor por el camino, cuidándose poco de ser merecedores de una reprobacion que habia de recaer sobre los franceses mas que sobre ellos. Aun sobrevino otra circunstancia mas grave. A pesar de poseer Napoleon á Stettin y Custrin junto al Oder, y á Magdeburgo y Hamburgo junto al Elba, queria asimismo tener entrada en Spandau, especialmente á causa de Berlin, de cuya ciudad estaba muy cercana esta fortaleza. Le hacia tambien falta Pillau, que era la llave del Frische-Haff, excelente mar interior, gracias al cual se podia ir por agua desde Danzick á Koenigsberg sin encontrár á los ingleses. Apenas se habló de estas plazas en el tratado de alianza, pero se dijo que Prusia no tendria en ellas mas que veteranos y que Francia podria depositar dentro su material de guerra. A estas estipulaciones insidiosas se apeló para apoderarse de Pillau y Spandau. Primeramente con el material fueron introducidos artilleros franceses para custodiarlo, y despues batallones de infantería. Eso produjo la emocion mas viva en Berlin, y toda la destreza de Mr. de Narbonne, que se ocupó en estos negocios antes de salir para Wilna, no bastó á tranquilizar al rey de Prusia y á Mr. de Hardenberg. Estos reincidieron en sus terrores habituales. Ver queria el monarca á Napoleon á toda costa, mas siempre triste con sus infortunios,

detestando las fiestas y el fausto, creyendo leer en todas las miradas una compasion ofensiva, hallándose mal en su casa y peor en la agena, bubiera querido recibir á Napoleon en Postdam mas bien que irle á llevar en medio de las pompas de Dresde sus temores, sus pesares y sus apremiantes cuestiones. Sin embargo, necesitando abocarse con él fuese donde fuese, á fin de que le tranquilizara relativamente á sus designios y de hacerle oír el grito de los pueblos, estaba resuelto á dirigirse á Dresde, si era absolutamente necesario, y envió cerca de Napoleon á Mr. de Hatzfeld para explicarse sobre este negocio. Mr. de Hatzfeld era aquel gran señor prusiano á quien Napoleon estuvo á punto de fusilar en 1806 á y quien despues tuvo en singular estima y gracia (lo cual prueba, aun prescindiendo de otras razones mas altas, que no conviene apresurarse á fusilar las gentes); iba á exponer las perplejidades de su soberano.

Napoleon le hizo muy buena acogida y tranquilizóle todo lo que pudo; mas no cuidándose de oír muy de cerca las quejas de los prusianos, ni de perder el tiempo en dar un largo rodeo, y sobre todo queriendo completar la grande escena, que promovia en Dresde, con la presencia del rey de Prusia, previno que se le dijera que no podia ir á Postdam por no cogerle al paso y que tenia muchas cosas de que hablarle en el mismo Dresde. Este deseo equivalia á un mandato, que inmediatamente fué trasmitido al rey Federico Guillermo.

Al llegar á Dresde Mr. de Basano llevó otros asuntos no menos graves, ante todo la respuesta de Inglaterra al último mensaje pacífico de Francia, y ademas la relacion de un paso muy singu-

lar y muy imprevisto dado por el príncipe Kourakin. Con menos arrogancia que de costumbre había recibido el ministerio inglés esta nueva proposición de paz, mostrándose como un gabinete á quien fatigaba la lucha y á quien había hecho increíble la experiencia. A pesar de los cambios operados en Europa, le bastara la adjudicación de Sicilia á los Borbones y la de Portugal á la casa de Braganza, si se añadiera á estas concesiones la restitución de la corona de España á Fernando VII, no porque el gabinete británico estimase mucho al prisionero de Valenzey, sino porque, prendado de los españoles el público de Londres, no quería abandonarlos de ningún modo. Había pues un principio de avenencia en los datos de las dos naciones, pero independientemente del obstáculo siempre entero y siempre insuperable de la corona de España, y el gabinete inglés no había aparentado creer que la proposición fuese formal, aun recibéndola mas cortesmente que de costumbre.

Por lo demás esta respuesta de Inglaterra á nuestras aberturas no tenía mas importancia que las aberturas mismas, pero el último paso del príncipe Kourakin afectó á Napoleon muy de otra manera. Constantemente atento á retardar las hostilidades hasta el mes de junio, para dar lugar á que brotara la yerba y descansaran sus tropas junto el Vístula unos veinte días, no había cesado de recelar una súbita iniciativa de los rusos, á pesar de todas sus precauciones. Ahora bien, el paso del príncipe Kourakin era de índole propia á confirmarle en sus temores. Este príncipe, fastuoso y afable, muy adicto á la paz y habiendo trabajado sin tregua por conservarla, acababa no obstante de

pedir sus pasaportes en visperas de partir Mr. de Basano. Sus razones, que á la sazón era difícil averiguar, se reducían á las siguientes. Ante todo se le había negado la restitución del criado de la embajada comprometido, en el asunto del oficial del ministerio de la Guerra: éste había sido juzgado, convicto y fusilado; el criado seguía preso: además no se creyeron dignas de ser discutidas las proposiciones llevadas por Mr. de Serdobin, á causa de que no quería explicarse, y de que la condición de retroceder hasta el Oder cuando menos desagradaba en altísimo grado. Susceptible el príncipe Kourakin, aunque conciliador de suyo, tomando estas negativas y este silencio por un desden hacia su persona, creyendo que al punto á que habían llegado las cosas, estaría expuesto en París á tratamientos cada vez mas humillantes, sin órdenes de su gobierno, solicitó sus pasaportes. Mr. de Basano esforzó en patentizarle toda la gravedad de semejante paso, le explicó la negativa á la restitución del criado con las inculpaciones que resultaban en su contra, la negativa á negociar sobre las bases llevadas por Mr. de Serdobin, á causa de que la proposición de un movimiento retrógrado era inadmisibile, y así había logrado inclinarle á suspender ó retirar la demanda de sus pasaportes. Pero quedaba el hecho inexplicable de la demanda, y Napoleon estaba apegado á su plan de tal modo que la menor duda sobre su ejecución le llenaba de inquietudes. Sus tropas descansaban á orillas del Vístula desde los primeros días de mayo. Persistía en el proyecto de dejarlas allí hasta la aproximación del mes siguiente, de gastar luego quince días en trasladarlas á orillas del Nie-

men, y de empezar así las hostilidades á mediados de junio. Temiendo que Alejandro no se contuviese bastante desde que no tenía á Mr. de Lauriston á su lado, no contando mucho con la influencia de Mr. de Narbonne, despues de los pasos ya dados, ordenó otro nuevo, para precaver el peligro que ocasionaba sus temores. Mr. de Lauriston se habia quedado en San Petersburgo al modo que el príncipe Kourakin en París á la partida de los dos emperadores. Aunque tratado siempre Mr. de Lauriston con miramientos, no veía á nadie, á veces encontraba á Mr. de Saltikoff, encargado de las relaciones exteriores por ausencia del canciller, pero le encontraba para no decir ni oír cosa alguna. Napoleón le despachó el 20 de mayo una orden para que solicitara ir sin demora á Wilna, cerca de la persona del czar, con motivo de comunicaciones, que solo á él ó á su canciller podían ser hechas; para que marchara á Wilna al punto, viera á Alejandro y á Mr. de Romanzoff, les instruyera de la demanda de pasaportes presentada por el príncipe Kourakin, clamara mucho sobre este paso hostil dadotán de pronto, clamara asimismo sobre la proposición llevada por Mr. de Serdobin y cuya sustancia era exigir por preliminar de toda negociación la evacuación inmediata de la Vieja Prusia (suposición exagerada, pues la evacuación debía de seguir y no de preceder á las negociaciones); declarara que en ninguna época, ni despues de Austerlitz, ni despues de Friedland, habia impuesto el emperador al czar una condición tan deshonorosa, y por último se informara si resueltamente se quería la guerra, si se quería que fuese inevitable y violenta atentando contra el honor de un ad-

versario, que no contaba la debilidad entre sus defectos, ni la humildad entre sus virtudes. Si Mr. de Lauriston no obtenía permiso para penetrar hasta donde se hallaba el emperador Alejandro, lo cual sería riguroso, pues un embajador puede siempre solicitar aproximarse al soberano cerca del cual está acreditado, debía tomar sus pasaportes. Pero debiendo provocar estas comunicaciones enviadas á Wilna contestaciones dirigidas á San Petersburgo, no podían menos de consumir tiempo, y como solo se trataba de ganar quince ó veinte días, era de creer que se consiguiese el objeto. Si Mr. de Lauriston obtenía la venia para dirigirse á Wilna, le estaba ordenado que con sus ejercitados ojos de militar lo observase todo, y aun despachase diariamente correos bien elegidos al cuartel general francés, pues como Napoleón expresaba con fundamento, en la hora de hostilidades inminentes, en que todas las comunicaciones son mas difíciles que despues de rota la guerra, un correo entendido, que acaba de pasar por entre las avanzadas, es el mejor de los informantes.

Otros negocios llamaron además la atención de Napoleón en medio de las fiestas de Dresde, y en efecto bien tenían con que ocuparle Suecia y Turquía. De Estokolmo se acababan de recibir nuevas comunicaciones, que parecían emanadas del príncipe real, y eran de índole adecuada á dar á entender que sería fácil atraerle, y Napoleón, que no se figuraba hasta qué punto habia penetrado en su corazón el odio, hasta qué punto la ambición de los suecos se habia tornado de la Finlandia á la Noruega, y que por otra parte ignoraba el tratado